



1º PARTE DEL FRAGMENTO ELEGIDO

HUGO, V., *Los miserables I*, Ed. Destino S. A.,
Barcelona, 2002. Pág. 76-85

III. HEROISMO DE LA OBEDIENCIA PASIVA

La puerta se abrió.

Pero se abrió de par en par, todo lo grande que era, como si alguien la empujase con energía y resolución.

Entró un hombre.

A este hombre le conocemos ya. Era el viajero a quien hemos visto ha poco vagar buscando asilo.

Entró, dio un paso y se detuvo, dejando detrás de sí la puerta abierta. Llevaba el morral a la espalda; el palo en la mano; en los ojos una expresión ruda, audaz, cansada y violenta; iluminábale el fuego de la chimenea; estaba espantoso. Era una aparición siniestra.

La señora Magloire ni aun fuerza tuvo para lanzar un grito. Se estremeció y quedó muda e inmóvil como una estatua.

La señorita Baptistina se volvió, vio al hombre que entraba y medio se incorporó de miedo; luego volviendo poco a poco la cabeza hacia la chimenea, se puso a mirar a su hermano, y su rostro adquirió al fin un aspecto de profunda calma y serenidad.

El obispo fijaba en el hombre una mirada tranquila.

Al abrir los labios, sin duda para preguntar al recién venido lo que deseaba, éste apoyó ambas manos en su garrote, paseó su mirada por el anciano y las dos mujeres, y sin esperar a que el obispo hablase, dijo en voz alta:

- Me llamo Juan Valjean, soy presidiario. He pasado en presidio diecinueve años. Estoy libre desde hace cuatro días, y me encamino a Pontarlier, que es el punto de mi residencia. Hace cuatro días que estoy en marcha desde Tolón. Hoy he andado doce leguas a pie. Esta tarde, al llegar a este país, he entrado en una posada, de la cual me han despedido a causa de mi pasaporte amarillo, que había presentado en la alcaldía. Era preciso que así lo hiciese. He ido a otra posada y me han dicho: "Vete". Lo mismo en la una que en la otra. Nadie quiere recibirme. He ido a la cárcel y el carcelero no me ha abierto. Me he metido en una perrera y el perro me ha mordido y me ha arrojado de allí, como si no hubiera sido un hombre. No parecía sino que sabía quién yo era. Me he ido al campo para dormir al raso; pero ni aun esto me ha sido posible. He creído que iba a llover, y que no habría un buen Dios que impidiera la lluvia, y he vuelto a entrar en la ciudad para buscar en ella el quicio de una puerta. Iba a echarme allí en la plaza sobre una piedra, cuando una buena mujer me ha señalado vuestra casa y me ha dicho: "Llamad ahí". He llamado. ¿Qué casa

es ésta? ¿Una posada? Tengo dinero, producto de mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado en presidio con mi trabajo en diecinueve años. Pagaré, ¿qué me importa si tengo dinero? Estoy muy cansado, he andado doce leguas a pie y tengo hambre; ¿queréis que me quede?

- Señora Magloire –dijo el obispo-, poned un cubierto más.

El hombre dio tres pasos y se acercó al velón que estaba sobre la mesa.

- Mirad –dijo-, no me habéis comprendido bien; no es eso. Habéis oído lo que he dicho: soy un presidiario, un forzado. Vengo de presidio. –Y sacó del bolsillo una gran hoja de papel amarillo que desdobló-. Ved mi pasaporte. Amarillo como veis; esto sirve para que me echen de todas partes. ¿Queréis leerlo? Lo leeré yo, sé leer, he aprendido en presidio. Hay allí una escuela para los que quieren aprender. Ved lo que han puesto en mi pasaporte: “Juan Valjean, presidiario cumplido, natural de...”, esto no hace al caso...”Ha estado diecinueve años en presidio; cinco por robo con fractura, catorce por haber intentado evadirse cuatro veces. Es hombre muy peligroso”. Ya lo veis. Todo el mundo me cela. ¿Queréis vos recibirme? ¿Es ésta una posada? ¿Queréis darme cama y cena? ¿Tenéis una cuadra?
- Señora Magloire –dijo el obispo-, pondréis sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado de qué naturaleza era la obediencia de aquellas dos mujeres.

La señora Magloire salió para ejecutar las órdenes que había recibido.

El obispo se volvió hacia el hombre y le dijo:

- Sentaos y calentaos, dentro de un momento cenaremos, y mientras cenáis se os hará la cama.

El hombre comprendió al fin la expresión de su rostro, hasta entonces sombría y dura, cambiósese en una expresión de estupefacción, de duda, de alegría extraordinaria. Comenzó a balbucear como un loco:

- ¿Es de veras? ¡Cómo! ¿Me recibís? ¿No me echáis? ¿A mí? ¿A un presidiario? ¿Y no me tuteáis? ¿Y no me decís... “vete, perro” como acostumbran a decirme? Yo creía que tampoco me recibirían por eso he dicho en seguida lo que soy. ¡Oh, gracias a la buena mujer que me ha enseñado esta casa! ¡Voy a cenar! ¡A dormir en una cama con colchones y sábanas como todo el mundo! ¡Una cama! Hace diecinueve años que no me he acostado en una cama y no querréis que la deje. Sois personas muy dignas y además tengo dinero: pagaré bien. Dispensad, señor posadero: ¿Cómo os llamáis? ¿Pagaré todo lo que queráis. Sois un excelente hombre. Sois el posadero, ¿No es verdad?
- Soy -dijo el obispo- un sacerdote que vive aquí.
- ¡Un sacerdote! –dijo el hombre- ¡Oh, un buen sacerdote! Entonces ¿no me pedís dinero? ¿Sois el cura, no es esto? ¿El cura de esta gran iglesia? ¡Toma, y es verdad! ¿Qué tonto? No había visto vuestro solideo.

Hablando así había dejado el saco y el palo en un rincón, guardado su pasaporte en el bolsillo y tomado asiento. La señorita Baptistina le miraba con dulzura.

- Sois muy humano, señor cura – continuó diciendo-; vos no despreciáis a nadie. Es gran cosa un buen sacerdote. ¿De modo que no tenéis necesidad de que os pague?

- No –dijo el obispo-, guardad vuestro dinero. ¿Cuánto tenéis? ¿No me habéis dicho que ciento nueve francos?
- Y quince sueldos –añadió el hombre.
- Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo os ha costado ganar ese dinero?
- Diecinueve años
- ¡Diecinueve años!

El obispo suspiró profundamente.

El hombre prosiguió:

- Todavía tengo todo mi dinero. En cuatro días no he gastado más que veinticinco sueldos, que he ganado ayudando a descargar unos carros en Grasse.

(...)

Mientras hablaba, el obispo se había levantado a cerrar la puerta, que había quedado completamente abierta.

La señora Magloire volvió, y trajo un cubierto que puso en la mesa.

- Señora Magloire –dijo el obispo-, poned ese cubierto lo más cerca posible de la lumbre. –Y volviéndose hacia su huésped-: El viento de la noche es muy crudo en los Alpes, ¿tenéis frío, caballero?

Cada vez que pronunciaba la palabra caballero con su voz dulcemente grave, se iluminaba la fisonomía del huésped. Llamar caballero a un presidiario es dar un vaso de agua a un naufrago de la Medusa. La ignominia está sedienta de consideración.

- Mal alumbrada esta luz –dijo el obispo.

La señora Magloire lo oyó; trajo de la chimenea del cuarto de su ilustrísima los dos candeleros de plata y los puso encendidos en la mesa.

- Señor cura –dijo el hombre-, sois bueno; no me despreciáis. Me recibís en vuestra casa. Encendéis las bujías

para mí. Y sin embargo, no os he ocultado de donde vengo, y que soy un miserable.

El obispo, que estaba sentado a su lado, le tocó suavemente la mano:

- Podéis excusaros el decirme quién sois. Ésta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esa puerta no pregunta al que entra por ella si tiene un nombre, sino si tiene algún dolor. Padecéis, tenéis hambre y sed, pues seáis bien venido. No me lo agradezcáis, no me digáis que os recibo en mi casa. Aquí no está en su casa más que el que necesita un asilo. Así debo decíroslo a vos que pasáis por aquí, estáis en vuestra casa más que yo en la mía. Todo lo que hay aquí es vuestro. ¿Para qué necesito saber vuestro nombre? Además, tenéis un nombre que antes que lo dijeseis lo sabía yo.

El hombre abrió sus ojos asombrado.

- ¿De veras? ¿Sabéis cómo me llamo?
- Sí –respondió el obispo-, os llamáis mi hermano.
- ¡Ah, señor cura! -Exclamó el viajero-. Antes de entrar aquí tenía mucha hambre; pero sois tan bueno, que ahora no sé lo que tengo. El hambre se me ha pasado.

El obispo le miró y le dijo:

- ¿Habéis padecido mucho?
- ¡Oh! ¡La chaqueta roja, la bala en el pie, una tarima para dormir, el calor, el frío, el trabajo, los presidiarios, los golpes, la doble cadena por nada, el calabozo por una palabra, y aun enfermo en la cama, la cadena! ¡Los perros, los perros son más felices! ¡Diecinueve años! Ahora tengo cuarenta y seis, y un pasaporte amarillo. Aquí está todo.
- Sí –replicó el obispo-, salís de un lugar de tristeza. Pero sabed que hay más alegría en el cielo por las lágrimas de

un pecador arrepentido que por la blanca vestidura de cien justos. Si salís de ese lugar de dolores con pensamientos de odio y de cólera contra los hombres, seréis digno de lástima; pero si salís con pensamientos de caridad, de dulzura y de paz, valdréis más que todos nosotros.

Mientras tanto la señora Magloire había servido la cena: una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal, un poco de tocino, un pedazo de carnero, higos, un queso fresco y un gran pan de centeno. A la comida ordinaria del obispo había añadido una botella de vino añejo de Mauves.

La fisonomía del obispo tomó de repente la expresión de dulzura propia de las personas hospitalarias.

- A la mesa –dijo con viveza, según acostumbraba cuando cenaba con él algún forastero; e hizo sentar al hombre a su derecha; la señorita Baptistina, tranquila y naturalmente, tomó asiento a su izquierda.

El obispo dijo el benedicté y después sirvió la sopa, según su costumbre. El hombre empezó a comer ávidamente.

- Me parece que falta algo en la mesa – dijo el obispo de repente.

La señora Magloire no había puesto más que los tres cubiertos absolutamente necesarios. Pero era costumbre de la casa, cuando el obispo tenía algún convidado, poner en la mesa los seis cubiertos de plata, inocente ostentación. Esta graciosa apariencia de lujo era una especie de niñada, notable en aquella casa tranquila y severa, que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

La señora Magliore comprendió la observación, salió sin decir una palabra, y un momento después los tres cubiertos pedidos por el obispo lucían en el mantel, colocados simétricamente ante cada uno de los tres comensales.

(...)

V. TRANQUILIDAD

Monseñor Bienvenido, después de haber dado las buenas noches a su hermana, cogió uno de los dos candeleros de plata que había sobre la mesa, dio el otro a su huésped y le dijo:

- Caballero, voy a enseñaros vuestro cuarto.

El hombre le siguió. Como ha podido conocerse por lo que hemos dicho más arriba, la habitación estaba distribuida de tal modo que para salir o entrar al oratorio en el que estaba la alcoba era preciso pasar por el dormitorio del obispo.

En el momento en que atravesaban este cuarto, la señora Magloire cerraba el armario de la plata que estaba a la cabecera de la cama. Éste era el último cuidado que tenía cada noche antes de acostarse.

El obispo instaló a su huésped en la alcoba. Una cama blanca y limpia le esperaba. El hombre puso la luz sobre una mesita.

- Vaya –dijo el obispo-, que paséis buena noche. Mañana temprano, antes de marchar, tomaréis una taza de leche de nuestras vacas, bien caliente.
- Gracias, señor cura –dijo el hombre.

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras de paz, súbitamente, sin transición alguna, hizo un movimiento extraño, que hubiese helado de espanto a las dos santas mujeres si hubieran estado presentes. Hoy mismo nos es difícil explicar la causa que le impulsaba en aquel momento. ¿Quería hacer una advertencia o una amenaza? ¿Obedecía simplemente a una especie de impulso instintivo y desconocido para él mismo? Lo cierto es que se volvió bruscamente hacia el anciano, cruzó los brazos y fijando en él una mirada salvaje exclamó con voz ronca:

- ¡Ah! ¡Decididamente me alojáis en vuestra casa y tan cerca de vos!

Calló un momento y añadió con una risa que tenía algo de monstruosa:

- ¿Lo habéis reflexionado bien? ¿Quién os ha dicho que no soy un asesino?

El obispo respondió:

- Ésa es cuenta de Dios.

Después, con toda gravedad y moviendo los labios como el que reza o habla consigo mismo, bendijo con los dedos de la mano derecha a su huésped, que ni aun dobló la cabeza y sin volver la vista atrás entró en su dormitorio.

(...)

Un momento después estaba en su jardín, paseando, meditabundo, meditando con el alma y con el pensamiento los grandes misterios que Dios descubre por la noche a los ojos que permanecen abiertos.

En cuanto al hombre, estaba tan cansado que ni aun se aprovechó de aquellas sábanas tan blancas. Apagó la luz soplando con la nariz como acostumbran los presidiarios y se dejó caer vestido en la cama, donde quedó enseguida profundamente dormido.

Era medianoche cuando el obispo volvía del jardín a su cuarto.

Algunos minutos después, todos dormían en aquella casa.

2º PARTE DEL FRAGMENTO ELEGIDO

HUGO, V., *Los miserables I*, Ed. Destino S. A., Barcelona, 2002. Pág. 99-108

X. EL HOMBRE DESPIERTO

Daban las dos en el reloj de la catedral cuando Juan Valjean despertó.

Lo que le despertó fue el lecho demasiado bueno. Iban a cumplirse veinte años en que no

se había acostado en cama, y aunque no se hubiese desnudado, la sensación era demasiado nueva para no turbar su sueño.

Había dormido más de cuatro horas. Había descansado. No acostumbraba a dedicar más horas al reposo.

Abrió los ojos y miró un momento en la oscuridad en derredor suyo; después los cerró para dormir otra vez. Pero cuando han agitado el ánimo durante el día muchas sensaciones diversas; cuando se ha pensado a la vez en muchas cosas, el hombre duerme, pero no vuelve a dormir una vez que ha despertado. El sueño viene con más facilidad que vuelve. Esto fue lo que sucedió a Juan Valjean. No pudo dormir otra vez, y se puso a meditar.

Se encontraba en uno de esos momentos en que todas las ideas que tiene el espíritu se mueven y agitan sin fijarse. Tenía una especie de vaivén oscuro en el cerebro. Sus recuerdos anteriores y sus recuerdos inmediatos flotaban en su cabeza y se cruzaban confusamente, perdiendo sus formas, aumentándose desmesuradamente y desapareciendo después de repente como en una laguna fangosa y removida.

Muchas ideas le acosaban, pero entre ellas había una que se presentaba más continuamente a su espíritu y que expulsaba a los demás. Vamos a manifestar desde luego esta idea: había reparado en los seis cubiertos de plata y el cucharón que la señora Magloire había puesto en la mesa.

Estos seis cubiertos de plata le perseguían. Y estaban allí. A algunos pasos. En el mismo instante en que atravesaba el cuarto contiguo para venir al suyo, la vieja criada los colocaba en un cajoncito a la cabecera de la cama. Se había fijado mucho en este cajoncito. A la derecha entrando por el comedor. Y eran macizos. Y de plata antigua. Con el cucharón, valdrían lo menos doscientos francos. Doble de lo que hubiera ganado en diecinueve años. Verdad es que hubiera ganado más si “la administración” no le hubiese “robado”.

Su mente osciló por espacio de una hora larga en fluctuaciones, en que había alguna lucha. Dieron las tres, abrió los ojos, se incorporó bruscamente en la cama, extendió el brazo y buscó a tientas el morral que había arrojado en un rincón de la alcoba; después dejó caer sus piernas, puso los pies en el suelo y se encontró, casi sin saber cómo, sentado en la cama.

Permaneció por algún tiempo pensativo en esta actitud siniestra para todo el que le hubiese observado en aquella oscuridad, y despierto él solo en aquella casa en que todo dormía. De repente se bajó, se quitó los zapatos, que colocó suavemente en la estera cerca de la cama; volvió a su primera postura de meditación, y quedó inmóvil.

En aquella horrible meditación, las ideas que hemos dicho asaltaban sin cesar su cerebro, entraban, salían, volvían formando una especie de peso en su cabeza. Además pensaba también, sin saber por qué, y con esa obstinación maquinal propia del delirio, en un presidiario llamado Brevet, a quien había conocido en el presidio, y que llevaba un pantalón sujeto sólo por un tirante de algodón hecho a punta de aguja. El dibujo de este tirante se le presentaba sin cesar en la memoria.

Seguía en esta situación, y hubiera permanecido en ella hasta que viniese el día, si el reloj no hubiese dado una campanada, el cuarto o la media. No pareció sino que esta campanada le dijo: “¡Vamos!”.

Se puso de pie, dudó aún un momento, y escuchó: todo estaba en silencio en la casa; entonces se dirigió a cortos pasos y rectamente a la ventana guiado por la luz que penetraba entre las rendijas. La noche no era oscura, había luna llena, ante la cual pasaban gruesas nubes impulsadas por el viento que producían por fuera alternativas de luz y de sombra, eclipses, iluminaciones y por dentro una especie de crepúsculo. Este crepúsculo, suficiente para servir de guía e intermitente a causa de las nubes, se asemejaba a las tintas lívidas que penetran por el respiradero de una

cueva, sobre el cual van y vienen los transeúntes.

Cuando llegó a la ventana, Juan Valjean la examinó. No tenía reja, daba al jardín y no estaba cerrada, según la costumbre del país, más que con un pestillo. La abrió, pero el aire frío y penetrante que entró bruscamente en la alcoba le obligó a cerrar en seguida. Miró al jardín con esa mirada atenta que estudia más que mira. El jardín estaba cercado por una pared blanca bastante baja y fácil de escalar. Más allá distinguió las copas de unos árboles plantados a distancias iguales, lo que le indicaba que la pared separaba el jardín de una alameda o de una calle con árboles.

Después de haber echado esta mirada, y con el ademán de un hombre resuelto, se dirigió a la cama, cogió su morral, y lo abrió, lo registró, sacó una cosa que puso sobre la cama, se metió los zapatos en los bolsillos, cerró el saco y se lo echó a la espalda, se puso la gorra bajando la visera encima de los ojos, buscó a tientas su palo que fue a colocarlo en el ángulo de la ventana; después volvió a la cama y cogió resueltamente el objeto que había dejado allí. Parecía una barra de hierro corta, aguzada como un chuzo por uno de sus extremos.

Hubiera sido difícil distinguir en la oscuridad para qué servía aquel pedazo de hierro. ¿Era una palanca? ¿Era una maza?

A la luz hubiera podido conocerse que no era más que un candelero de la mina. Los presidiarios se empleaban algunas veces en extraer piedra de las colinas que rodean a Tolón, y no es por lo tanto extraño que tuviera a su disposición útiles de minería. Los candeleros de minero son de hierro macizo y terminan en su extremo inferior por una punta que se clava en la roca.

Tomó, pues, el candelero en la mano derecha, y conteniendo la respiración, y andando en silencio se dirigió a la puerta del cuarto contiguo donde estaba el obispo, como sabe el lector. Encontró la puerta entornada. El obispo no la había cerrado.

XI. LO QUE HACE

Juan Valjean escuchó un momento. No se oía ruido alguno.

Empujó la puerta.

La empujó con un solo dedo, suavemente, con la suavidad furtiva e inquieta del gato que quiere entrar en una habitación.

La puerta cedió a esta presión y se movió imperceptible y silenciosamente, ensanchando un poco la abertura.

Juan Valjean esperó un momento, y después empujó la puerta por segunda vez, pero con más fuerza.

La puerta cedió en silencio. La abertura era ya suficiente para dejarle paso. Pero había cerca de la puerta una mesita que formaba con ella un ángulo, impidiendo la entrada.

Juan Valjean reconoció la dificultad. Necesitaba abrir un poco más la puerta.

Se decidió y la empujó por tercera vez con más energía que las anteriores. Esta vez, un gozne mal untado de aceite produjo en la oscuridad un ruido ronco y prolongado.

Juan Valjean tembló. El ruido de este gozne sonó en sus oídos como un eco formidable y vibrante, como la trompeta del juicio final.

En el terror fantástico del primer momento casi se figuró que aquel gozne se animaba y recibía una vida terrible; que ladraba como un perro para llamar a todo el mundo y despertar a los que dormían.

Se detuvo, temblando, azorado; y cayó, por decirlo así, desde la punta del pie hasta el talón. Oyó latir las arterias en sus sienes como dos martillos de fragua y le pareció que el aliento salía de su pecho con el ruido con que sale el viento de una caverna. Creía imposible que el grito de aquel gozne irritado no hubiese estremecido toda la casa como la sacudida de un temblor de tierra. La puerta impulsada por

él había dado la voz de alarma, había llamado; el viejo se levantaría, las dos mujeres gritarían, recibirían auxilio y antes de un cuarto de hora el pueblo estaría en movimiento y la gendarmería en pie. Por un momento se creyó perdido.

Permaneció inmóvil, petrificado como estatua de sal, sin atreverse a hacer ningún movimiento. Pasaron algunos minutos. La puerta se había abierto completamente. Se atrevió a entrar en el cuarto; nada se había movido. Escuchó; nada se movía. El ruido del gozne mohoso no había despertado a nadie.

Había pasado el primer peligro; pero Jean Valjean estaba sobrecogido y confuso. Mas no retrocedió. Ni aun en el momento en que se creyó perdido retrocedió. Solo pensó en acabar cuanto antes. Dio un paso y se encontró en el cuarto del obispo.

En este cuarto reinaba una calma perfecta. Distinguíanse aquí y allá formas vagas y confusas que de día eran papeles esparcidos en una mesa, libros abiertos, tomos colocados uno sobre otro en un taburete, un sofá con algunas ropas y un reclinatorio, pero que a aquella hora no eran más que rincones tenebrosos y espacio blanquecinos. Juan Valjean, se adelantó con precaución, evitando tropezar con los muebles. Oía en el fondo de la habitación la respiración igual y tranquila del obispo dormido.

De repente se detuvo. Estaba cerca de la cama; había llegado antes de lo que creía.

La naturaleza mezcla algunas veces sus efectos y sus espectáculos con nuestras acciones dándoles una especie de armonía sombría e inteligente, como si quisiese obligarnos a reflexionar. Hacia media hora que el cielo estaba cubierto de una opaca nube. En el momento en que Juan Valjean se detuvo ante el lecho, se abrió la nube como si hubiera estado esperando aquel instante, y un rayo de luna que atravesó la alta ventana fue a iluminar súbitamente la pálida cabeza del obispo. Dormía tranquilamente. Estaba medio vestido, para evitar la frialdad de las noches en los Alpes Bajos, de un traje de lana oscura que le cubría

los brazos hasta a las muñecas. Tenía la cabeza echada en la almohada en la actitud de abandono propia del reposo; y dejaba caer fuera de la cama la mano la adornada del anillo pastoral; aquella mano que ejecutaba tan santas obras, tan buenas acciones. Su fisonomía estaba iluminada con una vaga expresión de satisfacción, de esperanza, de beatitud. Esta expresión era más que una sonrisa, era casi un resplandor. En su frente brillaba la indefinible claridad de una luz oculta. El alma de los justos en el sueño contempla un cielo misterioso.

La fisonomía del obispo reflejaba este cielo.

Dejaba pasar su luz, porque este cielo estaba dentro del obispo. Este cielo era su conciencia.

En el momento en que el rayo de luna vino a sobreponerse, por decirlo así, a esta claridad interior, el obispo dormido apareció como rodeado de un claro resplandor, pero quedó no obstante velado por una semiluz inefable. Aquella luna, aquella naturaleza adormecida, aquel jardín sin un murmullo, aquella casa silenciosa, la hora, el momento, el silencio, daban un no sé que de solemne al venerable reposo del obispo, y rodeaban con una especie de aureola majestuosa y serena sus blancos cabellos, sus ojos cerrados, su semblante que expresaba la esperanza y la confianza, su cabeza de anciano y su sueño de niño.

Había casi divinidad en aquel hombre tan augusto, sin saberlo.

Juan Valjean estaba en la sombra con su barra de hierro en la mano, de pie, inmóvil, azorado ante aquel anciano resplandeciente. Nunca había visto una cosa semejante. Aquella confianza le asustaba. El mundo moral no puede presentar espectáculo más grande: una conciencia turbada e inquieta, próxima a cometer una mala acción, contemplando el sueño de un justo.

Este sueño en aquel aislamiento, y al lado de aquel hombre, tenía una sublimidad que se sentía vaga, pero enérgicamente.

Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en aquel momento por el criminal, ni aun él mismo lo sabía. Para tratar de expresarlo es preciso combinar mentalmente lo más violento con lo más suave. En su fisonomía no se podía distinguir nada con certidumbre; parecía expresar un asombro esquivo. Contemplaba aquel cuadro, pero ¿qué pensaba? Imposible es adivinarlo. Era evidente que estaba conmovido y desconcertado. Pero ¿de qué naturaleza era esta emoción?

Su vista no se separaba del anciano, y lo único que dejaba conocer claramente su fisonomía era una extraña indecisión. Parecía dudar entre dos abismos, el de la perdición y el de la salvación, entre herir aquel cráneo y besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes levantó el brazo izquierdo hasta la frente y se quitó la gorra; después dejó caer el brazo con lentitud y volvió a su meditación, con la gorra en la mano izquierda, la barra en la derecha y los cabellos erizados sobre su tenebrosa frente.

El obispo seguía durmiendo tranquilamente bajo aquella mirada espantosa.

El reflejo de la luna hacía visible confusamente encima de la chimenea el crucifijo, que parecía abrir sus brazos a ambos, bendiciendo al uno y perdonando al otro.

De repente Juan Valjean se puso la gorra, pasó rápidamente a lo largo de la cama sin mirar al obispo, dirigiéndose al armario que estaba a la cabecera; alzó la barra de hierro como para forzar la cerradura, pero estaba puesta la llave; lo abrió y lo primero que encontró fue el cestito con la plata; lo cogió, atravesó la estancia a largos pasos sin precaución alguna y sin cuidarse ya del ruido, pasó la puerta, entró en el oratorio, cogió su palo, abrió la ventana, saltó, guardó la plata en su morral, tiró el canastillo, atravesó el jardín, saltó la pared como un tigre y desapareció.

XII. EL OBISPO TRABAJA

Al día siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenido se paseaba por el jardín. La señora

Magloire salió corriendo a su encuentro toda azorada.

- Monseñor, monseñor - exclamó-, ¿sabe vuestra grandeza dónde está el canastillo de la plata?
- Sí – contestó el obispo.
- ¡Vendito sea Dios! – dijo ella-. No sabía dónde estaba.

El obispo acababa de recoger el canastillo de uno de los cuadros sembrados del jardín, y se lo presentó a la señora Magloire.

- Aquí está.
- Sí -dijo ella-, pero vacío. ¿Dónde está la plata?
- ¡Ah! – dijo el obispo-. ¿Es la plata lo que buscáis? No lo sé.
- ¡Gran Dios! ¡La han robado! El hombre de anoche la ha robado.

Y en un momento, con toda su viveza la señora Magloire corrió al oratorio, entró a la alcoba y volvió al lado del obispo. Este se había bajado y examinaba suspirando una planta de coclearia de Guillons que había destrozado el canastillo al ser arrojado. Un grito de la señora Magloire le hizo levantarse.

- ¡Monseñor, el hombre se ha escapado! ¡ha robado la plata!

Al hacer esta exclamación sus miradas se fijaron en un ángulo del jardín, en que se veían las huellas del escalamiento. El tejadillo de la pared estaba roto.

- Mirad; por allí se ha ido. Ha saltado a la calle Cocheilet. ¡Ah, qué abominación! ¡Nos ha robado la plata!

El obispo permaneció un momento silencioso, alzó después la vista y dijo a la señora Magloire con toda dulzura:

- ¿Y era nuestra esa plata?

La señora Magloire se quedó suspensa. Hubo un momento de silencio, y el obispo añadió:

- Señora Magloire, yo retenía injustamente hace algún tiempo esa

plata. Pertenecía a los pobres. ¿Quién es ese hombre? Un pobre, evidentemente.

- ¡Hay Jesús! - dijo la señora Magloire. No lo digo por mí ni por la señorita, porque nos es lo mismo, lo digo por vuestra ilustrísima. ¿Con qué va a comer ahora monseñor?

El obispo la miró como asombrado.

- ¿Pues no hay cubiertos de estaño?

La señora Magloire se encogió de hombros.

- El estaño huele mal.
- Entonces de hierro.

La señora Magloire hizo un gesto expresivo:

- El hierro sabe mal.
- Pues bien –dijo el obispo-, cubiertos de palo.

Algunos momentos después almorzaban en la misma mesa a que se había sentado Juan Valjean la noche anterior. Mientras almorzaba, monseñor Bienvenido hacía notar alegremente a su hermana, que no hablaba nada, y a la señora Magloire, que murmuraba sordamente, que no había necesidad de cuchara ni de tenedor, aunque fuesen de madera, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

- ¡También es idea –decía la señora Magloire yendo y viniendo- recibir un hombre así, y darle cama a su lado! ¡Aún estamos de enhorabuena porque no haya hecho más que robar! ¡Ah, Dios mío! Tiemblo cuando me acuerdo.

Cuando el ama y la hermana iban a levantarse de la mesa llamaron a la puerta.

- Adelante – dijo el obispo.

Abrióse la puerta. Un grupo extraño y violento apareció en el umbral. Tres hombres traían a otro agarrado del cuello. Los tres hombres eran tres gendarmes. El cuarto era Jean Valjean.

Un cabo de gendarmes que parecía dirigir el grupo estaba también cerca de la puerta. A poco entró y se dirigió al obispo haciendo el saludo militar.

- Monseñor... - dijo.

Al oír esta palabra, Juan Valjean, que estaba silencioso y parecía abatido, levantó estupefacto la cabeza.

- ¡Monseñor! –murmuró-. ¡No es el cura!...
- Silencio –dijo un gendarme-. Es su ilustrísima el obispo.

Mientras tanto, monseñor Bienvenido se había aproximado tan precipitadamente como le permitía su edad.

- ¡Ah, estáis aquí! –dijo mirando a Juan Valjean-. Me alegro veros. Os había dado también los candeleros, que son de plata, y os pueden valer muy bien doscientos francos. ¿Por qué no os los habéis llevado con los cubiertos?

Juan Valjean abrió los ojos y miró al venerable obispo con una expresión que no podría pintar ninguna lengua humana.

- Monseñor –dijo el cabo de gendarmes-, ¿es verdad lo que decía este hombre? Le hemos encontrado como si fuese huyendo, y le hemos detenido hasta ver. Tenía estos cubiertos...
- ¿Y os ha dicho – interrumpió sonriendo el obispo- que se los había dado un buen hombre, un sacerdote anciano, en cuya casa había pasado la noche? Ya lo veo. Y le habéis traído aquí. Esto no es nada.
- Según eso –dijo el gendarme-, ¿podemos dejarle libre?
- Sin duda –dijo el obispo.

Los gendarmes soltaron a Juan Valjean, que retrocedió.

- ¿Es verdad que me dejáis? – dijo con voz inarticulada, y como si hablase en sueños.
- Sí, te dejamos, ¿no lo oyes? –le dijo un gendarme.
- Amigo mío – dijo el obispo-, tomad vuestros candeleros antes de iros. Llevadlos.

Y fue a la chimenea, cogió los dos candeleros de plata y los dio a Jean Valjean. Las dos mujeres se miraban sin hablar palabra, sin hacer un gesto, sin dirigir una mirada que pudiese distraer al obispo.

Juan Valjean, temblando de pies a cabeza, tomó los dos candeleros con aire distraído.

- Ahora –dijo el obispo- id en paz. Y a propósito, cuando volváis, amigo mío, es inútil que paséis por el jardín. Podéis entrar y salir siempre por la puerta de la calle. Está cerrada sólo con picaporte noche y día.

Después, volviéndose a los gendarmes, les dijo:

- Señores, podéis retiraros.

Los gendarmes salieron.

Juan Valjean quedó como un hombre que va a desmayarse.

El obispo se aproximó a él y le dijo en voz baja:

- No olvidéis nunca que me habéis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado.

Juan Vajejan, que no recordaba haber prometido nada, quedó suspenso. El obispo había recargado estas palabras al pronunciarlas, y continuó con solemnidad:

- Juan Valjean, hermano mío, vos no pertenecéis al mal, sino al bien. Yo compro vuestra alma; yo la libro de las negras ideas y del espíritu de perdición, y la consagro a Dios.